

Hacia un humanismo mundializado

Por Germán PERALTA RIVERA*

EL TEMA QUE AHORA NOS CONVOCA es de aquellos que concitan en casi todos los foros planetarios una permanente discusión y reflexión. En esta oportunidad, motivados por el empeño y la gran capacidad organizadora de Edgar Montiel, quien nos ha convocado para comentar la reciente publicación de la UNESCO: *Hacia una mundialización humanista*.¹ Libro que resume el debate de los dos encuentros internacionales llevados a cabo en Asunción, Paraguay, en el año 2001.

Son 24 los trabajos que se incluyen en esta obra: dos colaboraciones fuera de los eventos y las 22 ponencias allí presentadas. Al leer el libro lo que sorprende es que sólo hayan participado dos ponentes del mundo andino. A excepción de Edgar Montiel, quien lo hacía más como alto funcionario de la UNESCO que como peruano, y no porque haya dejado de serlo, sino por la misión que cumplía para la UNESCO, en tanto funcionario de carrera. Entonces, es necesaria una precisión, el evento lo organizó la oficina regional de la UNESCO para el Mercosur, de la cual nuestro querido amigo y compatriota era el director. Ésta, por lo tanto, no es una crítica a la convocatoria y sus ausencias, sino una observación al entorno regional de los participantes.

En cuanto a los temas que desarrollan los ponentes, hay aspectos generales que implican a todos los países latinoamericanos, pero hubo otros que se quedaron en el tintero, especialmente aquellos relacionados con el mundo andino, los de carácter etnológico o los problemas de exclusión y discriminación que afrontan los afroamericanos, especialmente cuando en el 2004 se conmemoran los 200 años de abolición de la inhumana esclavitud en nuestro continente. Es decir, en esta diversidad de temas hay algunos que han sido excluidos: son los riesgos de toda convocatoria. En este caso, en realidad, se recalcó la temática que más interesa a los países del sur del continente, convocados a esta reunión.

* Presidente del Instituto para la Formación Ciudadana y la Gobernabilidad Con estudios de licenciatura en la Universidad Nacional Federico Villarreal y de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid, doctorado en la École des Hautes Études de París, Francia. Asimismo ha sido asesor cultural de la Presidencia de la República y director nacional del Instituto Nacional de Cultura del Perú. Actualmente es profesor principal en la Universidad Nacional Federico Villarreal y docente en el Doctorado de la Universidad San Martín de Porres.

¹ París, UNESCO, 2003.

El libro está compuesto de siete capítulos que son asimismo siete entradas temáticas de discusión en torno a la relación e impacto de la globalización en América Latina. Son ensayos de respuesta que apuntan a subrayar que frente al proceso ineludible de la globalización o mundialización es importante plantear alternativas. Y la principal de ellas es la de la diversidad cultural. O dicho de otro modo, las respuestas más válidas a la globalización deben plantearse desde la diversidad cultural. En todo caso es ésta la perspectiva de la UNESCO, organismo que desde el 21 de noviembre del 2001 aprobó la Declaración Universal sobre la diversidad cultural.

Ahora bien, al iniciar el debate, en la introducción del libro nuestro amigo Montiel hace un planteamiento que me suscita algunas inquietudes. Él afirma que “globalización y mundialización son conceptos en proceso de definir los ámbitos de la realidad que buscan expresar”. Pues bien, quisiera señalar que en la jerga de los economistas y politólogos franceses, existe la tendencia muy marcada de no compartir con los ingleses el concepto de *globalización*, empleando más el de *mundialización*; disyuntivamente para ellos: es uno o es el otro. En esto son claros. Por eso cuando estas primeras páginas nos proponen una simbiosis de los vocablos, entonces, quisiera saber si conceptualmente la UNESCO considera que son dos ámbitos diferentes o no. Ello es importante, dado que a lo largo del libro se observa que los autores manejan indistintamente ambos constructos, con excepción del trabajo de François Bernard, para quien el deslinde está cada vez más claro, como cuando afirma:

De hecho aquellos que distinguen mundialización de globalización son cada vez más numerosos, en todos los países, y son los profesionales de todos los horizontes y disciplinas que no se contentan con evocar esta distinción sino que contribuyen a producir en sus discursos las diferencias que inducen a cada una de las expresiones.

Y la distinción está plenamente arraigada en una firme convicción política cuando en las calles parisinas se grita “¡Mundialización sí, globalización no!” o cuando la Internacional Socialista, que como bien sabemos es la primera fuerza política europea, en sus documentos oficiales apuesta por la mundialización y no por la globalización.

Entonces, ésta no es una observación puramente intelectual, lo que buscamos es situarnos en el papel cotidiano del hombre de la calle. Ahora bien, como conclusión nos preguntamos ¿cuál es el verdadero estatuto del discurso de la UNESCO? En ese sentido tengo la impresión

que este organismo y sus conclusiones son más un espacio de concertación y de propuestas que de mandatos o soluciones a determinados problemas. Y esto es lo que se desliza en el balance de la obra cuando Edgar Montiel manifiesta que el concepto *globalización* debe ser visto en toda su complejidad :

Problematizado un poco más, porque la visión maniquea entre los “favorables” y “desfavorables” resulta muy reductora para poder interpretar la amplitud de este fenómeno. Probablemente por el momento tengamos un subentendimiento de la *globalización*. Probablemente haya en muchos aspectos económicos, políticos, culturales, esa naturaleza compleja de la realidad, una especie de dificultad para asir de modo conceptual la *globalización*. Por eso no adelantaré conclusiones sino que efectuaré un balance, una invitación a proseguir este debate y continuar profundizando en una serie de aspectos que han surgido ahora.

Pero dejemos el asunto para que lo resuelva nuestro amigo Montiel. Sin embargo, antes quisiera continuar, tomando una frase del Premio Nobel de Economía, Joseph Stiglitz, quien irónicamente se preguntaba “¿por qué la *globalización* —una fuerza que ha producido tanto bien— ha llegado a ser tan controvertida?”. Las razones están en la naturaleza misma de la llamada *globalización*, la cual de acuerdo con Stiglitz “ha impulsado una creciente división entre los poseedores y los desposeídos, ha dejado a una masa creciente en el Tercer Mundo sumida en la más abyecta pobreza y viviendo con menos de un dólar por día [...] la *globalización* no ha conseguido reducir la pobreza, pero tampoco garantizar la estabilidad”.² Este enfoque no es apocalíptico, pero sí diferente al edulcorado discurso del pensamiento único de los neoliberales de oficio, que se constituyeron en el soporte ideológico de la *globalización*, construyendo una suerte de dogma que impugna cualquier tentativa de repensar “en su integridad y desde una multiplicidad de perspectivas disciplinarias, la problemática de la economía”.³ A este propósito, con mucha precisión Celso Furtado ha hablado de capitalismo global y un político peruano como Alan García en su reciente libro *Modernización y politic@ en el siglo XXI* ensaya caracterizarlo como a un modo de producción global, por cuanto la *globalización*, a su juicio, genera una contradicción fundamental:

² Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Madrid, Santillana/Taurus, 2002, pp. 29-30.

³ Atilio Borón y Bettina Levy, *Más allá del pensamiento único*, Buenos Aires, Clacso, 2002.

La transformación acelerada de la tecnología y la velocidad de la información impulsa la productividad de manera geométrica, facilita la *construcción* de monopolios y por consiguiente tiende a reducir el empleo directo; por ello, como se ha dicho, la contradicción social es la integración o no al mercado y la exclusión de la información y del trabajo. La respuesta ideológica y social de los excluidos es la creación de nuevas formas de autoempleo informático o elemental, de ocupaciones cercanas o artesanales, que podrían impulsarse cualitativamente por un Estado Social mediante la información.

A su juicio la lucha social debe asumir estos comportamientos por cuanto lo que caracteriza a la economía global es que se trata de un

modo de producción global, en el que la superestructura ideológica es también global, mundializada y tiene un rol sobredeterminante y mayor al que tuviera en las definiciones de Marx para el siglo XIX, pues retroalimenta todo el sistema a través de la información misma que es a su vez la fuerza técnica o energía motriz que está en la infraestructura.

Son, pues, muchos los intelectuales que han protestado y muchos aun quienes han planteado diversas respuestas a la globalización. Esta obra es una de ellas y como telón de fondo lo ha hecho desde el ángulo de la diversidad cultural, en razón de los efectos nocivos que encierran los cambios promovidos por la globalización en las diferentes esferas de la actividad humana. Por lo anterior, debemos tener presente que la globalización atraviesa lo científico, la difusión rápida de las innovaciones, la creciente celeridad de la comunicaciones, las innovaciones tecnológicas, la apertura dinámica de mercados, es decir toca los ámbitos de lo económico y financiero, la circulación de capitales y el comercio internacional.

En esta línea debemos entender que dicho fenómeno constituye la realidad sobre la cual nos desenvolvemos, en suma, tiene que ver con el problema de la vida cotidiana, con nuestra identidad local y nacional, pero al mismo tiempo con el sentido de nuestra frontera, la cual nos permite afirmarnos y diferenciamos. Pero esta realidad es ambivalente. De un lado favorece al crecimiento global, pero acompañado de crecientes desigualdades y exclusiones. La mundialización por una parte favorece el descubrimiento de la diversidad humana, pero al mismo tiempo comporta el riesgo de estandarizar, de uniformizar. Y en ese contexto los países más pobres, como los de Latinoamérica, sufrirán más. En esa dirección son terminantes las afirmaciones de Octavio Ianni en cuanto a que las relaciones de interdependencia e integración, así como las de "fragmentación y antagonismo, pueden ser vistas como

nuevas, aún no codificadas en conceptos, categorías, leyes o explicaciones”.⁴ Lo trágico para este intelectual brasileño es que la globalización no borra ni las desigualdades ni las contradicciones “que constituyen una parte importante del tejido social mundial y nacional”. En tal sentido permítaseme nuevamente recurrir a Stiglitz, quien manifiesta que

algún dolor era indudablemente necesario, pero a mi juicio el padecido por los países en desarrollo en el proceso de globalización y desarrollo orientado por el FMI y las organizaciones económicas internacionales fue muy superior al necesario. La reacción contra la globalización obtiene su fuerza no sólo de los prejuicios ocasionales a los países en desarrollo por las políticas guiadas por la ideología, sino también por las desigualdades del sistema comercial mundial.⁵

Frente a ello debemos encontrar en nuestros propios espacios las respuestas adecuadas, ante todo para determinar qué somos, qué queremos ser y hacia dónde vamos en este mundo transformado por los cambios económicos y tecnológicos. Debemos comprender que la globalización no es un hecho consumado sino un proceso en marcha. Asimismo entender, como lo propone Aldo Ferrer, que la globalización no comienza después de la segunda Guerra Mundial: por lo menos en América Latina se hace presente con la llegada de Colón y se patentiza con la Internet, en el primer caso con el objetivo de someternos al mundo europeo y en el segundo con el intento de integrarnos mediante la comunicación al mismo tiempo que uniformizarnos en la sociedad global, orquestada y manipulada por las compañías transnacionales.

El mensaje de la obra es que no es posible perder el tiempo, es impostergable desde nuestros espacios nacionales, y por qué no continentales, iniciar esta tarea, pues la globalización es una “anaconda” que no duerme, que no se detiene. Su dinámica es implacable, por lo tanto, la diversidad cultural es el medio para disponer de alternativas productivas para el desarrollo. En ese sentido entendemos las propuestas de la reunión de Asunción. Allí, de acuerdo con las áreas temáticas los autores han diagnosticado lo que está pasando en los diferentes sectores de la actividad humana en el continente. En todo estamos globalizados. Y aquí comienza de nuevo la historia. En lugar de una sociedad global en vías de perfeccionamiento, en la que los aspectos sociales, regionales, nacionales y continentales encuentren soluciones satisfactorias para unos y otros, tenemos una sociedad global proble-

⁴ Octavio Ianni. *La sociedad global*, México, Siglo XXI, 1998.

⁵ Stiglitz, *El malestar en la globalización* [n. 2].

mática desafiando a las formas de mando e imaginación. En lugar de un mundo capitalista sin dilemas, encontramos un mundo capitalista complicado y contradictorio. La sociedad global se presenta como un espacio de enajenación. Se trata de una desigualdad con visos de antagonismos sociales, económicos, políticos y culturales. Y como bien lo afirmó el sociólogo Aníbal Quijano:

La globalización exagera, tal vez, a la vieja quimera de los dominadores: la homogeneización del mundo. Éste es ahora, por cierto, más intercomunicable y eso propicia un fondo común de significaciones. Pero es también, al mismo tiempo, más diverso, más heterogéneo. El Occidente penetra y desarma a otros mundos.

El énfasis de los ensayos de la obra que venimos comentando no está en la economía. La UNESCO ha querido levantar a la globalización de este nicho en el que muchos ensayistas la habían situado. La globalización no tiene que ver solamente con los mercados ni con el mundo financiero y tecnológico, ante todo es un fenómeno totalizador, que interactúa y prevalece en todas las actividades de cambio de la sociedad y el hombre; entonces resulta prioritario asumir una dimensión endógena. Es decir, muchos de los cambios deben efectuarse desde nuestra realidad, teniendo en cuenta el conocimiento científico; partiendo del principio que hoy es posible contar con una vasta información que permite seleccionarla para elaborar las respuestas de conocimiento que requerimos.

En este sentido los trabajos de la obra inducen hacia la búsqueda de una sociedad que tenga capacidad para dar respuestas en el contexto mundial y el medio interno. A juicio, por ejemplo, de Aldo Ferrer este vínculo al fin y al cabo resulta siendo la clave del desarrollo. El asunto no se soluciona atendiendo sólo al mercado global. Ésta fue la propuesta y visión fundamentalista de la globalización que fue llevada de la mano por el neoliberalismo, y ha fracasado. Es necesario revelar que en pleno siglo XXI, a nivel mundial las exportaciones sólo representan alrededor de 20% del producto mundial. Es decir que, en promedio, la demanda interna de los países absorbe 80% de la oferta. De acuerdo con cifras de Argentina, Brasil y otros países de América Latina, la proporción es aún mayor: el mercado interno es parte fundamental del empleo y la demanda, lo que significa que de diez trabajadores, entre ocho y nueve son ocupados para el mercado interno.

Estos datos confirman lo significativo de impulsar una dinámica endógena del desarrollo económico y social en nuestros países. Por lo

que si consideramos el peso del mercado interno y del ahorro doméstico y del alto significado que asume la dimensión endógena para el desarrollo, entonces encontraremos infundados los supuestos de quienes asumen una posición fundamentalista de la globalización. En ese sentido debe crearse una corriente latinoamericana capaz de rescatar una visión realista del cambio. Ésta debe ser una fuerza creadora e imaginativa que comprenda que el desarrollo no viene solamente con la inversión extranjera, ante todo es necesario plantearse un énfasis en lo endógeno, en lo nuestro, debe ser una actitud que imprima soberanía, es decir independencia en la toma de decisiones. Sin dejar de considerar la dimensión global. Es decir, la globalización coexiste con espacios nacionales en los cuales se realiza la mayor parte de las transacciones económicas.

Por otro lado, la globalización se ha construido en base a un fundamentalismo y a un pensamiento único. Atilio Borón, otro de los colaboradores del libro que comentamos, señala, por ejemplo, que cuando las recetas venían del Norte tanto el Estado como el presupuesto debían reducir su tamaño, lo que ocasiona que en su país, Argentina, mucha gente muera, siempre los más pobres, los más débiles. La reducción del gasto público significa privación de derechos ciudadanos. No hubo presidentes más aplicados en someterse al FMI que Menem y Fujimori y ya conocemos ahora la catástrofe económica y moral de ambos países. Por tales razones, Borón manifiesta que no hay que escuchar a los economistas, que casi siempre son malos hechiceros.

Frente a la globalización real, este colaborador de la obra que reseñamos plantea tres medidas alternativas, altamente corrosivas. En su perspectiva, la primera que propone es la de reavivar la propuesta del doctor Tobin, premio Nobel de economía, quien planteó la aplicación de una tasa a las transacciones especulativas de carácter internacional. A esa operación se la conoce como la Tasa Tobin. Tales transacciones, de acuerdo con Peter Draker, por muchos años director de la Escuela de Negocios de Stanford, no obedecen a procesos de inversión real y creación de riqueza. Son pura y llanamente de especulación. Ese 95% de transacciones especulativas son en abrumadora mayoría movimientos que se realizan a siete días de plazo. Si sólo aplicáramos una modesta Tasa Tobin al 0.5%, se obtendrían diariamente 5 000 millones de dólares y eso equivaldría a unos 200 000 millones de dólares al año.

Otra de las irritantes propuestas de Borón es la de acabar con los paraísos fiscales, por cuanto éstos atraen más o menos 700 000 millones de dólares por año, que transitan por un circuito paralegal.

La tercera propuesta de Borón es no pagar la odiosa deuda externa. De acuerdo con sus datos, menos de 10% de la deuda externa total del planeta se origina en el Tercer Mundo. Un poquito más de 90% es deuda externa que se origina en Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. Estas tres regiones concentran la deuda externa del planeta. De ahí que si toda América Latina no paga la deuda, no pasa nada, a su juicio apenas se movería el amperímetro de la economía mundial. Entonces la deuda resulta ser un problema grave en el Norte, mas no en el Sur. El problema nuestro son las consecuencias de la deuda sobre nuestros países, eso es lo que empobrece la calidad de nuestras democracias, postergando el desarrollo y todo lo demás.

El empeño en centralizar las respuestas en el mercado, las transacciones financieras, lo económico, ha hecho olvidar u obviar aspectos ligados a la mundialización cultural. Aquella confusión partía de los organismos internacionales que, cuando las crisis de nuestras economías subdesarrolladas golpeó, buscaron soluciones únicas; por ejemplo, de acuerdo con Stiglitz:

El FMI prescribió soluciones viejas, inadecuadas aunque estandarizadas, sin considerar los efectos que ejercerían sobre los pueblos de los países a los que se aconsejaba aplicarlas [...] para más adelante confirmar [...] sólo había una receta y no se buscaban otras opiniones; esas actitudes me provocaban rechazo; no sólo porque sus resultados eran mediocres, sino también por su carácter antidemocrático.⁶

Es a partir de esta universalización conflictiva que Fernando Aínsa nos plantea la necesidad de hacer un examen al proceso histórico de la mundialización cultural para observar cómo se ha ido instalando, creando ámbitos locales y regionales totalmente desiguales. Tal ejercicio nos permitirá observar, también, cómo se diluyen de forma inexorable las fronteras y cómo los Estados-Nación se van transformando en entes volátiles, al desterritorializarse la cultura global. En tal sentido deviene importante rastrear los efectos de la dominación para establecer los límites de aquello que rescatamos como lo nuestro, lo propio, pues de no hacer el deslinde y esclarecimiento podríamos quedar atrapados en un falso discurso, en un espejismo, de ver en lo puramente ancestral lo nuestro y no entender que la creación cultural en casi todos los ámbitos de nuestros países es un acto de creación filtrada por diversos códigos culturales y que ahora lo propio tiene mucho que ver con expresiones

⁶ Stiglitz, *El malestar en la globalización* [n. 2].

interconectadas y transformadas por diversos instrumentos o códigos culturales europeos y norteamericanos.

Esto nos empuja a comprender lo nuestro y lo propio. El ser y el estar latinoamericano, para lo cual tenemos que recurrir a la historia y reconocer que el primer proceso de mundialización está impulsado por la conquista española, entonces la globalización no la entendemos como algo inédito y reciente, sino como algo más totalizador y veloz. De ese choque y genocidio surgió una nueva cultura que de acuerdo con Antenor Orrego no era ya ni española ni indígena, era simplemente diferente. Continuando con su metáfora señala que de los cadáveres de ambas culturas surgió algo nuevo, que tenía de ambas, pero que no era ninguna. Creo que este símil es importante para entender que de tal encuentro trágico se inició la producción de una cultura diferente. De ahí que cuando en los años diez del siglo veinte aparece la poética de César Vallejo, Orrego lo anuncia como al poeta de una nueva raza, por significar con esta categoría al creador de una nueva cultura. A partir de estos criterios, aunque en otros términos, afirma Alberto Saladino García: “Quienes han contribuido, desde distintas perspectivas de las Ciencias Sociales, son pensadores como Antenor Orrego, quien insiste en apuntar que el fenómeno que singulariza la constitución social de América Latina es la concurrencia de todas las razas”⁷.

América Latina siempre fue una nueva realidad, diferente a la europea. Es en la inmensidad del espacio continental que sus intelectuales atisbaron la necesidad de entender que somos diferentes y, por lo tanto, en el concierto mundial necesitamos ser reconocidos como algo propio, ser nosotros mismos. En el siglo XIX, los criollos de la época rompieron en el campo político los eslabones de las cadenas de la dominación y desde el siglo XX comenzaron a construirse los diversos discursos utópicos de la otredad política frente a Europa. Es nuestra propia experiencia histórica la que nos hace entender y reconocer que en América Latina existe una gran pluralidad cultural y, por lo tanto, es el espacio en el cual se ha promovido con énfasis la diversidad cultural. Hoy, ante el fenómeno de la globalización resulta impostergable, dada su importancia, acentuar estos antecedentes y procesos a fin de contar con la posibilidad de construir sistemas políticos capaces de compulsar el respeto a los derechos ciudadanos y el respeto a las diferencias en un mundo globalizado que aspira con su cultura chatarra a estandarizar al ciudadano a nivel planetario.

⁷ Leopoldo Zea y Hernán Taboada, comps., *Latinoamérica en la globalización y el Tercer Milenio*, México, FCE, 2002.

La interculturalidad, en nuestros días, nos permite por otro lado construir espacios de interacción, capaces de garantizar los derechos y los deberes a las diferentes naciones, pueblos y grupos étnicos. Es decir ensayar el respeto al otro, eliminar la cultura de la discriminación, de la desigualdad y el de los excluidos. Una democracia participativa y con respeto por las minorías. Por ejemplo, políticamente la democracia en Perú ha sido pro blanca-occidental y segregacionista y ha servido para excluir a indígenas, negros, asiáticos, mujeres y a cuanto grupo minoritario existiere. De ahí que resulta importante afirmar, como lo hacía Proudhon, el viejo intelectual anarquista francés del siglo xix, “la libertad es la madre, no la hija del orden”. En nuestro caso hubo más orden burgués que libertad para las grandes mayorías, las cuales hasta bien avanzado el siglo xx estuvieron marginadas y excluidas por el poder político.

Para Alejandro Serrano, América Latina está afectada por una doble circunstancia que consiste en la disociación entre el universo real y el jurídico político, lo que a decir de Octavio Paz no es sino la división contrapuesta de dos universos: el *pais legal* y el *pais real*. Esta dicotomía a partir del siglo xix se establece en función de las erráticas aplicaciones de políticas liberal-burguesas al puro estilo europeo o norteamericano, pero aquellas formulaciones no eran sino enunciados superpuestos en textos constitucionales que utilizaron los grupos de poder económico que minoritariamente gobernaron nuestros países y como consecuencia desarrollaron sociedades dependientes, premodernas, con un feudalismo criollo anacrónico en su seno, como es el caso de Perú. Serrano toma una frase de Carlos Fuentes para comprender este dislocado proceso como “la separación esquizoide del derecho y la práctica”. La necesidad de revertir este problema a su juicio es imposterizable, y la democratización real de nuestros países deviene en una acción imprescindible, como única vía posible para armonizar políticas integrales de legalidad e institucionalidad, capaces de superar el aislacionismo social y de rescatar la soberanía de las mayorías como la recuperación transparente de la representación. Para ello Serrano plantea “un diseño teórico e institucional de participación ciudadana y de democratización de los partidos políticos, para que los representantes actúen, más que como correa de transmisión de la voluntad de sus partidos políticos, como expresión de la voluntad popular que representan”. Otra de sus tesis es que en las democracias de América Latina hay una crisis de legitimidad, al no existir una representación de la voluntad general, sino el interés particular, por lo que a su juicio toda legalidad debe esencialmente transformarse en un acto de legitimidad y

aboga por un nuevo contrato social, en el que la sociedad civil desempeñe un papel más importante, pasando

de una concepción y comportamiento de la política como privilegio de pocos, a la política como ejercicio de todos, es decir, pasar de la política como arte del poder a la política como arte del bien común, entendiéndola en términos de Libertad, Justicia, Democracia y Estado de Derecho. Estos desafíos exigen firmeza, flexibilidad, rigor y tolerancia, legalidad y legitimidad. En el ejercicio de derecho de las mayorías esto es lo fundamental, pero al mismo tiempo impone como correlato ineludible el respeto a las minorías.

En suma lo que plantea es el rediseño de una nueva concepción teórica de la cultura política, basados en la ciudadanía y la horizontalidad como elementos ineludibles y sustantivos de una democracia sin inequidades.

Hace años, muchos años ya, que aquí surgieron los movimientos antimperialistas más originales del siglo xx. Planteaban que, como el derrotero histórico de nuestros pueblos era diferente al de los europeos, entonces las recetas de solución a sus inúmeros problemas tenían que ser diferentes. Fueron ellos los que integraron a campesinos, negros, criollos y a los diferentes grupos minoritarios como actores políticos en igualdad de derechos. Estos movimientos trabajaron por imponer un nuevo contrato social. Invocaron y laboraron por construir la ciudadanía en los sectores marginados. Lo que rescatamos de esta postura intelectual de las vanguardias es el coraje y la imaginación que mostraron, especialmente en los años veinte del siglo pasado, para encontrar respuestas y alternativas. Constituían formas democráticas para reconocer nuestra propia autenticidad, en suma nuestra especificidad latinoamericana. o pensamos reiterar tales planteamientos en esta oportunidad pero sí en destacar que, desde las arenas de este continente, juntos en la aventura del pensamiento y de la cultura, es posible encontrar claves y símbolos propios, endógenos, para convivir en este estadio del desarrollo del capitalismo global, promovido por las compañías transnacionales.

La creación cultural latinoamericana se universaliza con sentido heterogéneo. no a partir del plagio y la estandarización, sino del choque y el dolor de la invasión. Es en este espacio que surge delicada o violentamente con un discurso propio, aunque no siempre el estatuto del discurso fue de creación y de ruptura. Porque siendo realistas nunca estuvimos totalmente integrados, por el contrario siempre fuimos países invertebrados y un continente desunido. Por eso, frente a la mundialización del pensamiento único que nos impone la globalización, debemos

responder con nuestra propia capacidad histórica de respuesta y creación cultural, sin xenofobia ni provincialismo pero sí con una mirada hacia nosotros mismos, hacia lo local, para establecer que los discursos de alteridad son posibles siempre y cuando establezcamos que nuestro mejor arsenal de respuestas imaginativas se encuentra en la diversidad cultural de nuestros países. Sin caer en aquello que rechazaba Mario Vargas Llosa, la “utopía arcaica”. Pues en esta dirección conviene entender los procesos de “la no simultaneidad de lo simultáneo”, como propone Krzysztof Kulawik, por cuanto, a su juicio, en el campo de la cultura América Latina constituye un terreno “liminal”: fronterizo, mezclado e híbrido,

por excelencia posmoderno, si consideramos a la posmodernidad como énfasis en el discurso de la hibridez y del margen [...] lo cual por la [...] diseminación, la zona de contacto y el mestizaje, pueden constituir solamente respuestas parciales a la cuestión de la supuesta identidad latinoamericana. Es porque se trata de una identidad dispersa en sus múltiples refracciones y contradicciones. Más bien, es una alteridad de las múltiples Américas que entran en juego. Así, llegamos a preguntarnos si en esta época posmoderna ¿es América Latina un miembro legítimo de la comunidad occidental u otro tujurio en la “Aldea Global”?”*

La tarea es ardua, pero consiste en entender este ejercicio como inteligentemente lo plantean Edgar Montiel y Patricio Dobré, quienes, tomando en cuenta los nuevos contenidos culturales atravesados y filtrados por los códigos imagológicos, abren una serie de vías para auscultar e impulsar los valores de nuestra identidad heterogénea por diversa. Como lo que estamos viviendo, de acuerdo con Néstor García Canclini, es una cultura híbrida que se acepta y se gesta sobre la base de la desterritorialización y en la cual las dimensiones de espacio-tiempo de la cultura, a decir de estos autores, están siendo permanentemente impugnadas por la virtualidad. Entonces, si desde la diversidad cultural buscamos iniciar una respuesta a la globalización, ésta debe hacer entender que la espiritualidad moderna está puesta en jaque, es decir, desde una apuesta ética y lúcida para comprender que en la cotidianidad cultural, el hombre, especialmente el urbano, en la actualidad está permanentemente estandarizado por los medios de comunicación, especialmente por la televisión que velozmente lo llena, vence y domina de nuevas imágenes y sonidos, es decir, de códigos simbólicos extraños

* “El discurso de la liminalidad y de la simultaneidad: las múltiples identidades latinoamericanas”, en *Más allá del pensamiento único*, México, FCE, 2002

a su espacio-tiempo histórico y cultural, que proviene de repertorios culturales representados en formatos electrónicos. Entonces, sólo en la divulgación y reconocimiento de nuestros propios valores cerraremos la resistencia a la agresión sin fronteras de la cultura global, que se constituye en el nuevo instrumento de estandarización y dominación.

Montiel y Dobré reiteran este aspecto al manifestar que “en nuestros tiempos, la realidad concreta y física tiende a ser reemplazada por un conjunto de imágenes virtuales que se instalan en el imaginario colectivo como las formas legítimas de lo real. Con la veloz incorporación de las nuevas tecnologías a la vida cotidiana, hemos mediatizado nuestra relación con el mundo”. Entonces, si la modernización ha promovido estos cambios significativos, debemos plantear que una cultura no es algo para ver, oír y recordar solamente. Debemos entender que su verdadero significado es que la debemos poner al servicio del desarrollo.

La cultura, en los ensayos del libro que venimos comentando, no está consignada como bien patrimonial, sino como una vasta concepción de la vida. Por lo que la cultura está impregnada por las múltiples manifestaciones cotidianas que en los diferentes procesos de socialización efectúa el hombre. En ese sentido la apuesta de esta obra es temáticamente múltiple y variada, abarcando diversos estudios que no son propios de la creación cultural pero que implícitamente están relacionados con ella. Dos de los estudios ensayan una aproximación desde la política y la democratización afirmando que son éstas las dos rutas que impulsan y afirman el desarrollo, por otro lado reimpulsan las viejas estrategias de la integración regional.

Esta obra nos invita a considerar la globalización como un problema, por ahora inevitable, ante el cual los latinoamericanos estamos obligados a plantear respuestas. La propuesta de la UNESCO, como la de los 22 autores, es hacerlo desde la cultura. Pero no entendiéndola como un rescate de los valores mismos de cualesquiera de las actividades culturales para exhibirlas en un escaparate y contemplarlas o destacar su originalidad y riqueza, ni tampoco asistiendo a un concierto o una galería de arte. La propuesta es que la cultura resulta el mejor vehículo para el desarrollo económico de nuestras sociedades. Ante la invasión de la cultura virtual o ante los McDonald's y la comida chatarra, los latinoamericanos contamos con la riqueza de nuestra pluralidad cultural, tan vasta como heterogénea, en todos los campos. Es desde estos espacios nacionales que debemos reformular una agresiva campaña, capaz de impulsar la identidad y las expresiones culturales propias. Lo que equivale a afirmar que el desarrollo de nuestros pueblos se sustenta en buena parte en respuestas de carácter endógeno.

La apuesta por la cultura en el libro tiene otras reflexiones, las cuales enfatizan que debe ser otra de las vías para no atribuir una sola salida fácil al problema de la globalización; pues, como bien lo afirma Juan Andrés Cardozo, “no vivimos ciertamente una época de certidumbre. Las confusiones y los desconciertos se extienden y generalizan cada vez más”, hecho que se grafica de forma elocuente en el desplazamiento del *Homo sapiens* por el *Homo videns*, tal cual lo señala Giovanni Sartori. Lo que destaca es la dominación que sufre el hombre contemporáneo, fracturado y condicionado por códigos culturales que lo universalizan, estandarizando su comportamiento, atentando sutil y permanentemente en su libertad, pues el hombre contemporáneo deviene en un ser atrapado en los valores de la globalización, o en aquello que de acuerdo al autor, tomando a Hegel resulta ser una “alineación envolvente”

Finalmente, los tres artículos referentes a los problemas culturales y de identidad en el continente constituyen una invitación para no enfatizar la globalización solamente en los circuitos financieros, en el mercado, o la tecnología. Pues muchas de esas recetas han fracasado y si no queremos autocorregimos, en la famosa frase de Keynes, “a largo plazo todos estaremos muertos”. Es claro que la propuesta de la diversidad cultural tiene muchas puntas, pero las más de ellas son viables porque van de lo local a lo nacional, fundándose en el reconocimiento a los derechos y deberes del ciudadano, afirmando no caer en criterios chauvinistas ni parroquianos, mirando el futuro como la construcción de una integración regional y del nuevo hombre. No olvidemos que ya José Vasconcelos habló de la raza cósmica o José María Arguedas de todas las sangres. Ello no es caer en el arcaísmo, sino en la aventura y capacidad de reflexión y creación del hombre americano. Es decir buscando nuevos espacios de reflexión, reconociendo a las minorías y evitando las exclusiones dentro de una sociedad culturalmente diversa, heterogénea, participativa y democrática. Sobre la identidad, el ensayo de Fernando Andacht resulta implacable para desmontar las raíces sobre la identidad tanto humana como colectiva y sobre el papel “que cumplen en ella los símbolos y el muy veloz proceso de estandarización al que parece sometida toda forma de significación en la era global [...] Ese legado y esa oposición configuran el interminable movimiento dialéctico del que nace, crece y cambia de continuo nuestra identidad como flujo simbólico”. Por lo que para Andacht la identidad habrá que asumirla como un proceso donde “participan activamente el pasado fáctico, el azar libérrimo y la tendencia o regularidad de los símbolos culturales que orientan nuestro camino como naciones y regiones de

esta parte del mundo". Pues toda historia de carácter social y cultural en América Latina se debe comprender no tanto como un antagonismo sino como participación múltiple; así evitaríamos caer en un laberinto de confusiones donde cada uno trata de privilegiar y destacar los rasgos de su parcial identidad. La identidad depende de signos y símbolos que se van renovando en el tiempo y cuya participación en América Latina es heterogénea, por ser diversas las culturas que intervienen en ella. Por lo tanto los discursos de la identidad tienen la obligación de asumir un fuerte ingrediente temporal. Entonces este libro es toda una reflexión de vida.

En suma, esta obra mantiene una exposición heterogénea pero consecuente y convincente con la intención de plantear una nueva interpretación sobre la mundialización en América Latina. La obra es una invitación para continuar en la vieja tradición de las propuestas latinoamericanas y peruanas en la huella de Juan Pablo Viscardo y Guzmán y su *Carta a los españoles americanos*, o los mensajes a la Juventud Americana de ese otro gran olvidado Francisco Paula González Vigil, o los trabajos de Francisco García Calderón en el siglo XIX, o los innumerables ensayos de Víctor Raúl Haya de la Torre, Antenor Orrego y Luis Alberto Sánchez. Ahora tendrán que ser otros temas, otras propuestas, pero todas con el mismo objetivo: comprender América Latina como un espacio específico desde un mundo globalizado. Reflexionar en esas dos direcciones de interacción, alimenta, enriquece y esclarece las soluciones a nuestros problemas. Todas las tesis de la obra son dignas de tenerse en cuenta. Podemos estar de acuerdo o no con las propuestas, pero creo que no es posible obviar la consulta de tan valiosas contribuciones. Y quiero cerrar este comentario con las palabras finales del balance que en *Hacia una mundialización humanista* hace Montiel: "Nosotros tenemos que hacer un esfuerzo ya no solamente para pensar lo que pasa en nuestra América, sino también pensar lo que pasa en el mundo. Debemos tener una mirada del mundo desde el Sur".